

que Peralta «sabe mirar» y así ve las cosas no tan sólo en la fisonomía de la forma que aparentan sino, además, en su esencia pura que, son otras dentro de las anteriores. Por algo ha dicho Pascal que Dios ha representado en las visibles las cosas invisibles.

Tal vez no esté demás agregar que a causa de la objetividad señalada—de cuando en cuando únicamente, si hemos de ser justos—la poesía de Peralta se transforma en verdadera foto, en pura trasplatación del objeto de su ubicación natural al plano literario. No alcanza adquirir las tonalidades requeridas, el contorno de expresión poética. Se queda en objeto. Este defecto, es por lo demás, casi inherente a todo temperamento objetivo. Es difícil desprenderse de él en forma absoluta. Felizmente Peralta, su aparición—remarquémoslo—es lo bastante discontinua para no entorpecer el desarrollo armónico de la obra.

Por último, merece ser recalcada como cualidad valiosa, la emoción en la poesía de Peralta. Emoción desde luego de carácter esencialmente objetivo, pero no por eso menos acentuada ni menos intensa y que le inocular vibración a esta poesía robusta, saludable, varonil:

«De las cuencas de los cerros
los indios sacaran rugidos como culebras
para amarrar a la muerta.»

El indigenismo, con representantes como Alejandro Peralta, no tendrá una vida efímera en el Perú. — A R T U R O T R O N C O S O.

LAS ELECCIONES Y LA GUERRA

A TRAVES de todos los eufemismos—porque nunca hablaron más cautelosamente los periódicos, nunca fué la insinuación más prudente, nunca resultaron tan unánimes los silencios—salta a los ojos que las elecciones que se acaban de realizar en Francia, así como las que hace poco se efectuaron en Alemania, tienen ante todo y sobre todo un significado internacional.

Entra en ellas, desde luego, la lucha de tendencias, más que de doctrinas, que se acentúa en todas las naciones del mundo, y el duelo cada más grave entre las derechas y las izquierdas,

extendidas aquellas hasta el fascismo y la restauración monárquica y prolongadas estas hasta el marxismo integral. Las corrientes divergentes de que he hablado en artículos anteriores se afrontan con creciente resolución, como si entendieran que llega la hora de predominar o sucumbir, rompiendo el equilibrio que mantiene las equidistancias. Es, con más o menos variantes, el drama de todos los pueblos. Francia y Alemania lo sienten con intensidad suprema. De ahí la lucha ardiente y brutal. Pero por encima de la importancia que tienen en una y otra nación estas elecciones, desde el punto de vista de la política interna, tienen una mucho más grande desde el punto de vista de las relaciones entre los pueblos, porque al poner fin a una tregua de expectativa, pueden pesar de manera concluyente en los debates que darán por resultado la guerra o la paz.

La inmovilidad del mundo, que parece contener la respiración ante el presentimiento de nuevas hecatombes, es signo claro de la gravedad de la hora. La angustiosa situación de todos los Estados, la dificultad para vender los productos, el eclipse de los capitales que se esconden ganados por el pánico, las quiebras ruidosas, en una palabra, la crisis universal, derivan de la prolongada incertidumbre, de la ansiedad creciente, de la inestabilidad de las cosas ante la inminencia de resoluciones que acaso pueden ser trágicas. Esperamos que el buen sentido superior de los hombres se sobrepondrá a los intereses en lucha, por importantes que ellos sean. Pero el momento es desconcertante. No es ni la paz, ni la guerra, según la definición de un político. Los ciudadanos pueden, añade otro, encontrar al volver a su casa la orden de movilización. En tales circunstancias, se llegó a esperar el remedio de una renovación de los hombres destinados a hablar en nombre de las colectividades.

En este sentido, las elecciones alemanas agravan el pesimismo. No hay que forzar los hechos para descubrir que la victoria de los hitlerianos marca un aumento de resistencia y una tentativa para sacudir la sujeción a que se halla condenada Alemania por los tratados. El gobierno de Bruening pareció hasta ahora querer conciliar las exigencias de afuera con las necesidades de su pueblo, apoyándose en los elementos pacifistas que como Briand le tendían la mano desde el campo adverso. Desaparecido Briand, esta política se hizo cada vez más difícil. Y el resultado de las elecciones la mata definitivamente. La opinión pública se ha pronunciado en favor de las reivindicaciones nacionalistas. Y aunque Hitler no ha subido aún al poder, todo indica que no tardará en asumir la dirección, emergencia consi-

derada desde hace tiempo como susceptible de modificar todas las armonías y todas las discordancias de Europa.

Las sutilezas logran retardar un plazo, pero no impedir un vencimiento. Bien o mal, con justicia o sin ella. Hitler representa un empuje de la opinión alemana contra el cual sólo podría oponerse una dictadura, seguida, lógicamente, de una guerra civil. Nadie sueña intentar la aventura. De acuerdo con las leyes habrá que entregar el poder a quien viene ungido por el sufragio del mayor número. Así se iniciará la nueva política alemana en el tablero resbaloso del momento actual. El rencor contenido durante muchos años, el deseo de sacudir las imposiciones, el ímpetu de un pueblo que ansía reconquistar su rango y que se juzga sacrificado por enemigos seculares, se traducirá en reclamaciones perentorias, susceptibles de chocar peligrosamente con la decisión irreductible de los demás.

Es un fenómeno curioso que en esta consulta casi simultánea, los de un lado del Rhin dán el triunfo a los partidos de la derecha y los del otro a los partidos de la izquierda. Las elecciones francesas marcan un rumbo que, desde el punto de vista interior, puede traducirse en reformas populares y democráticas. Pero todo hace prever que la tendencia reducirá su acción a la política interna. El partido radical, que probablemente substituirá en el poder al grupo acaudillado por Tardieu, no podrá modificar el fondo de la acción exterior de Francia. Se halla atado por declaraciones anteriores, por la opinión pública y por la velocidad adquirida. De suerte que si por un lado aumenta la tensión, no cabe esperar por el otro un aflojamiento que la neutralice. Y hay que reconocer que después de las elecciones, la situación resulta, en lo que se refiere a la paz, menos favorable que antes.

Claro está que la ruptura o la continuación de lo que llamaremos en política internacional el actual *modus vivendi*, no depende solamente de Francia y de Alemania. En las dificultades actuales intervienen factores múltiples y complejos que sería largo definir y situar en su esfera respectiva. Todos los desacuerdos se entrelazan y forman parte del enigma general que nadie logra resolver. Porque si cada bando propone soluciones parciales que ponen a cubierto sus egoísmos, nadie propicia una fórmula susceptible de conciliar los intereses diversos y de ser aceptada por todos. Además, si se tratase de un conflicto único, ya estaría resuelto, en un sentido o en otro. El peligro del momento actual hace de la superposición de los pleitos de la interdependencia de los problemas, de la multiforme y compleja trabazón de avideces, rencores y desconfianzas, de la con-

fusión, en fin, en que se halla sumido el mundo después de una cruenta conflagración, que se anunció como la última y que hoy aparece, a ratos, como el prólogo de algo muy grave. Así puede decir el hombre de estado más discreto: «entre Abril y Agosto de 1932 se desarrollará la época más crítica por que ha atravesado Europa.»

Claro está que todo en la vida está sujeto a reflujos favorables susceptibles de cambiar de un momento a otro el rumbo de los acontecimientos. Nunca hemos sentido predilección por los vaticinios pesimistas y no hemos de insistir inútilmente sobre la nota ingrata. Ojalá se logre dar el golpe de timón que llevará la barca al puerto. Mientras llega la hora feliz, es bueno, sin embargo, que nuestra América sepa cual es la situación real de la política europea, a la cual se halla ligada, más o menos directamente, la prosperidad, por no decir el destino de nuestras repúblicas.

No es posible esconder que el enrarecimiento del ambiente se acentúa a medida que pasan las semanas sin que la Conferencia de Ginebra logre salir de su fermentación estéril. Los discursos herméticos, los viajes repetidos, los cabildeos interminables, aumentan el desasosiego y la ansiedad. Porque no se puede achacar el fracaso perenne de cuantas proposiciones se formulan a la incapacidad de los hombres o a la falta de interés por llegar a un acuerdo. Nadie busca, en realidad, la guerra. Pero apesar de la buena voluntad de todos, la asamblea ha llegado a lo que aquí llaman un *impasse*, a un callejón sin salida, de donde nadie acierta a sacarla. Hace más de tres meses que los jefes de gobierno se agotan en maniobras, fintas, promesas, y declaraciones vanas que sólo sirven para disimular, en el ambiente cauteloso, la oposición irreductible de los puntos de vista, el antagonismo inconciliable de las convicciones. Los ministros van y vienen, los expertos multiplican sus memoriales, el palacio de la Sociedad de las Naciones ve entrar y salir sin tregua fisonomías tristes o caras esperanzadas. Todo sigue, sin embargo, como el primer día, sin que se pueda citar, no ya una resolución, sino un indicio, un amago de acercamiento conciliante.

Se esperaban las elecciones, confiando en que de ellas saldría una indicación. Antes de comprometer el destino de los pueblos, los gobernantes querían conocer cuales eran las direcciones predominantes. El resultado de la consulta no es el más propio para calmar la inquietud. En Alemania triunfa el partido de las reivindicaciones nacionalistas. En Francia la ventaja corresponde a un grupo obligado a continuar la política que el

país ha seguido hasta hoy. Sólo asomará alguna modificación en las palabras, en las fórmulas aparentes, aquí más conciliantes, allá más retadoras. Pero las incompatibilidades inexorables, las oposiciones irreductibles, seguirán siendo las mismas. Y como todo ha de tener un fin, hacia el fin vamos, sin saber cual será, oprimidos por el temor de que se desencadene un nuevo cataclismo cuyas pavorosas consecuencias alcanzarían a toda la humanidad.—M A N U E L U G A R T E.

Niza, Mayo, 1932.

«EL HOMBRE Y LA TECNICA»

A) *Cultura*.—El porte filosófico de Oswald Spengler es bastante conocido. Hanse comentado sus conclusiones en la cátedra, el libro, la revista y la conferencia. Ha llegado a ser, el estudio del pensador citado, tópico sobre el cual se ha gastado mucho tiempo, bello gasto, por cierto.

El título de la obra a que aludo: «Decadencia de Occidente», es pesimista y aterrador. Es rótulo de luminosidad eléctrica. Para él padece la civilización una fuerte fuga de «contenido» y de «naturalezas directoras.»

Los valores que pautaron hasta hoy el alma humana ya no existen, o más propiamente, mueren. Son sólo la envoltura, la palabra, el concepto sin vigencia, sin íntimo vigor. Son fantasmas conceptivos, esquemas descoloridos, cadáveres intuitivos. Vive el género humano un período retórico, de arcaico semblante. Donde se vaya el mundo ha perdido su afán de perfeccionamiento moral. Aunque sea demasiado riguroso en estos juicios es necesario puntualizarlos.

La ciencia técnica y positiva del siglo pasado, no nos dió la «buena hora» (le bonheur o paz del corazón). Nos obsequió con comodidades materiales; pero nos dejó árido el espíritu. «La ciencia—dice un crítico francés—si no se le pone atajo, conducirá a la humanidad al suicidio, porque nos mata el corazón, el instinto, la fe, todas las fuerzas vivas del alma, todo lo que da al hombre valentía para vivir.»

La cultura es para el pensador alemán entidad de alcurnia biológica: nace, crece, enferma y muere. En tal virtud tiene una vida limitada en el tiempo. Y esta afirmación está comprobada a través de la historia. Varios son los casos que sirven de ejemplo ilustrador de la tesis spengleriana.